

IRENE M. ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

EL DISFRAZ DEL ASESINO



Durante unas vacaciones en Torquay, Mila se queda fascinada por la suntuosa vida de Harold Grayling y su futura esposa, lady Hagbury-Winch. Pero la aparente paz del lugar se ve sacudida cuando Mila y Gatsby hacen un macabro descubrimiento que parece estar relacionado con la vida mundana de la pareja. A partir de ese momento, la sombra siniestra de la muerte se alarga sobre Torquay. Mila y el resto del grupo, guiados por la perspicacia de Sherlock, se involucrarán en una investigación policial que desvelará un plan diabólico.

Índice de contenido

Cubierta

El disfraz del asesino

Capítulo 1. La gota que colma el vaso

Capítulo 2. La dulzura del sol

Capítulo 3. Un mensaje siniestro

Capítulo 4. Un pequeño accidente en la playa

Capítulo 5. Una costosísima anémona

Capítulo 6. El presumido y la presumida

Capítulo 7. Un día agradable y uno terrible

Capítulo 8. El pirata de Watcombe Beach

Capítulo 9. El viento de Dartmoor

Capítulo 10. Ayer y hoy

Capítulo 11. Aires de tormenta

Capítulo 12. El infortunado señor Sylvan

Capítulo 13. Lenguados, sospechas y brujos

Capítulo 14. Una excursión tranquila

Capítulo 15. Susurros bajo una lámpara

Capítulo 16. La larga sombra de la muerte

Capítulo 17. Unos demasiado y otros nada

Capítulo 18. Horas turbulentas

Capítulo 19. Un turista alocado

Capítulo 20. La verdad a la hora del té

Capítulo 21. Arriba el telón

Capítulo 22. Un macabro juego de ilusionismo

Capítulo 23. Regreso a Briony Lodge

CAPÍTULO 1

la gota que colma EL VASO

Somos el resultado de nuestras decisiones y de las de nuestros seres queridos. Lo pienso a menudo mientras transcribo mis memorias bajo el sol de Capri y la anciana dueña de la casa me observa de reojo y meneaba la cabeza, creyendo probablemente que mi piel clara va a llenarse de pecas. Yo no veo qué hay de malo. Tomar el sol me regenera y encuentro que mi nuevo color dorado me sienta bien. El hecho de que se considere poco refinado o aristocrático no me desanima en absoluto, al contrario. Y en estos tiempos de guerra en que las naciones de Europa se enfrentan por segunda vez en pocas décadas, un poco de sol sirve para ahuyentar las nubes de mi interior. ¿Qué podría hacer yo, una sola mujer, contra los vientos de destrucción que soplan sobre continentes enteros?

Una sola mujer.

¿O una mujer sola? Todos aquellos a quienes he querido ya no están, y el único modo de reencontrarme con ellos es pasear por los recuerdos. No solo por los míos; en una pequeña librería de la isla he encontrado la recopilación de los escritos de John Watson, encuadernada en cuero repujado y ornada con letras doradas. Casi no daba crédito a lo que veían mis ojos, pero, como se ha apresurado a explicarme el librero en un reducido pero com-

previsible inglés, esta isla fue uno de los destinos del Grand Tour durante muchos años; jóvenes intelectuales y apasionados por el arte, y de buena familia, venían a recrearse la vista con la belleza de Italia. Y, así, la Isla Azul, como es apodada Capri, se convirtió en un pequeño foco internacional de cultura, y esta encantadora librería se proveyó de algunos textos en otros idiomas aparte del italiano.

El librero señala unos volúmenes y luego a sí mismo, con una gran sonrisa.

—¡Me gustó mucho! —me dice dando golpecitos con un dedo sobre el nombre escrito en letras doradas del lomo de un libro.

Es un nombre al que le tengo mucho cariño: Sherlock Holmes. Alguien que en estos días extraños y apacibles me hace compañía, contándome a través del doctor Watson algunos relatos que Irene me mantuvo ocultos. Para protegerme, ahora lo sé.

A menudo subrayo pasajes y, aunque soy consciente de que de vez en cuando el doctor Watson se tomó alguna licencia poética y modificó un poco los detalles, enriqueció los hechos y calló los secretos y confidencias más personales, en más de una ocasión sonríó al reconocer palabras que con seguridad fueron de la cosecha de Sherlock.

Hoy, sentada a la mesita de la terraza, ha caído bajo mis ojos una declaración suya: «Yo tengo una teoría personalísima, según la cual un individuo reproduce en su desarrollo la serie entera de sus antepasados, y si la mutación improvisa hacia el bien o hacia el mal, se debe a alguna fuerte influencia provocada por la ramificación de su árbol genealógico, de tal forma que, en determinado momento, el individuo se convierte en compendio de la historia de su familia».

Como me ocurre con frecuencia, no estoy de acuerdo. Y no solo porque mi madre adoptiva, Irene Adler, me en-

señó que el destino no existe.

Quien lea estas memorias mías ya tendrá conocimiento de mis orígenes. Soy una princesa fallida a causa de los acontecimientos y de mi voluntad, guiada por la de Irene. Y, si miro al pasado, encuentro que en mis decisiones no contaron reminiscencias de zares ni de nobles. Soy una rama injertada, mis raíces no son mías, son las de la extraña y poco convencional familia que Irene creó para mí, compuesta por una espía, un detective y un ladrón. Tendí mis ramas hacia el cielo y reivindicué mi individualidad, pero fueron ellos los que me suministraron la savia y el alimento para crecer. Soy quien soy gracias a ellos, para bien y para mal. Y, al recorrer hacia atrás mi historia, me doy cuenta de que a veces habría debido confiar más. Quizá las cosas habrían podido salir de manera diferente.

Aquel verano en Briony Lodge parecía cualquier estación menos verano. Al menos para mí, acostumbrada al calor de Nueva York, ciudad que puede ser tan gélida y nevosa en invierno como abrasadora durante el buen tiempo.

–Sigue lloviendo –bufé.

Me arrebujé en el jersey de lana color crema que me había resignado a ponerme encima del vestido veraniego de flores que había comprado pocos días antes y descorrí una cortina del salón para mirar fuera. Esperaba ver un resquicio azul en alguna parte del cielo que serenara mi día, pero el horizonte me pareció plúmbeo y desvaído.

–¡Como esto siga así, toda esta lluvia nos borrarán de la faz de la tierra! –solté desplomándome sobre un sillón, con gestualidad de diva del cine mudo.

–¡Cof! –respondió Arsène, que estaba hundido en el otro sillón, con una mirada afligida. Desde hacía días lo atormentaba una tos seca e incesante.

Irene, que estaba leyendo el periódico en el centro exacto del ventanal para aprovechar la máxima cantidad

de luz solar posible, alzó la vista de las noticias y suspiró.

—Cuando decidí regresar a Inglaterra lo sabía. Quiero decir que lo sabía racionalmente, pero no me acordaba de lo profundamente fastidioso, lo decididamente incómodo y lo francamente humillante que es vivir en un lugar tan gris, tétrico y lluvioso.

—¡Cof! —concordó Arsène con un ademán de asentimiento.

—¿No sería mejor que te viera un médico? —le preguntó Irene.

—¡Cof! —tosió Arsène negando vigorosamente con la cabeza.

—¿Por qué no? ¡Llevas cuatro días tosiendo sin cesar!

—¡Porque, cof, no necesito, cof, a ningún médico! —rezongó Arsène sacudido por las toses que intentaba contener.

—¡Ah, no, claro que no necesitas ver a un médico! —replicó Irene alzando una ceja mientras se volvía hacia mí—. ¡Monsieur Lupin está tan sano como una manzana! ¿Verdad, Mila?

—Como una manzana en un manzano seco —confirmé, lo que provocó en Arsène una carcajada entre toses—. Opino, de hecho, que convendría llamar al doctor Davenport —añadí señalando la casa frente a la nuestra, que según habíamos descubierto estaba habitada por un médico de notable fama.

—¡No, cof, nada de médicos! —repitió Arsène con voz ronca.

—¡Ah! Pues he aquí una noticia que podemos venderles a los periódicos: al gran Arsène Lupin le traen sin cuidado escuadrones enteros de policías armados, pero le tiene miedo al médico ricachón del otro lado de la calle —bromeó Irene lanzándome una mirada cómplice—. ¿Temerá acaso que el médico le diga que tiene una cierta edad y no puede hacer excesos como un chiquillo? —añadió sin

dejar de imitar el tono de quien lee un artículo de periódico.

–¡Pero qué, cof, excesos ni excesos, cof! –bufó Arsène—. Es este clima, que, cof cof cof...

En aquel momento, Sherlock abrió la puerta y apareció en la entrada del salón vestido con un mono impermeable verde salvia. Bajo él se formó rápidamente un charco de agua que Irene miró con desaprobación. Aunque no dijo nada, por su manera de tensar las aletas de la nariz y arquear las cejas al mismo tiempo, tuvo claro lo molesta que estaba. En sus libros, el doctor Watson había insistido varias veces en lo difícil que era Sherlock como coinquilino y de cuánta paciencia había que tener para soportar sus cabezonerías y sus intemperancias, tanto en los momentos aburridos como en los de ardiente entusiasmo. Pero no creo que ninguno de nosotros estuviese preparado verdaderamente para sus rarezas.

–Pero ¿qué hacéis tirados ahí en los sillones con este espléndido día? –exclamó con el tono más jovial y la más amplia de las sonrisas.

De la sorpresa, a Arsène le asaltó otro ataque de tos.

–Amigo mío, deberías haber pasado más tiempo al aire libre fortaleciendo tu físico en vez de perderte en inútiles cenas de gala, recepciones y otras memeces del llamado gran mundo –le dijo Sherlock con una risa sarcástica—. Así ahora, en la edad madura, podrías gozar de la misma salud y energía que yo.

Arsène se quedó con los ojos desorbitados y graznó:

–¡Habló míster Vida Sana!

La afición al tabaco y otras malas costumbres de Holmes estaban descritas, si bien con amistosa discreción, en las páginas del doctor Watson.

–Aquellos tiempos han pasado, no estaba al corriente de los terribles daños que provoca fumar, pero ahora las investigaciones científicas han dado pasos de gigante y ya hay hipótesis sobre la relación entre el tabaco y enferme-

dades como... –Sherlock se calló inmediatamente y frunció el ceño—. ¿No sería conveniente llamar a un médico?

–¡No tengo nada! ¡Es culpa de este, cof, estúpido clima!

–¿Sabes? A cierta edad nunca se sabe, es mejor ser precavido, viejo amigo –lo amonestó Sherlock, vagamente irónico.

–A propósito de ser precavido... –lo interrumpió Irene—. ¿De veras era preciso anegar el suelo con tu mono chorreante?

–El agua se evapora –replicó Sherlock sin alterarse– y, además, no tengo tiempo para esas tonterías. Ya se ocupará Billy de secarlo. Por cierto, ¿habéis visto a Billy?

Yo meneé la cabeza y respondí:

–No lo hemos visto desde la hora del desayuno.

–Lo he mandado a hacer un recado, espero que el chico no me falle, aunque tengo buenas razones para creer que se las arreglará. Es un joven muy competente.

Billy, nuestro mayordomo, era un chico de dieciséis años de sonrisa astuta y mil recursos. Por eso, Sherlock lo tiranizaba mandándolo a comprar las cosas más inusitadas de un lado a otro de la ciudad. Hasta aquel momento, Billy nunca le había fallado.

Como si lo hubiéramos invocado, el chico apareció detrás de Sherlock. Bajo el brazo derecho sostenía unas gruesas chapas atadas con una cuerda y en la mano izquierda tenía un sobre. Pese a la lluvia incesante y a haber pasado la mañana al aire libre, estaba completamente seco. Llevaba el pelo oscuro partido por una impecable raya al lado y el flequillo le caía sobre la frente con una onda perfecta.

–Aquí están sus chapas, señor Holmes –dijo—. Su grosor es de 2,5 milímetros, tal como quería.

–Magnífico, de veras magnífico, Billy –dijo satisfecho Sherlock examinando la mercancía.

–Pero ¿para qué sirven? –pregunté intrigada.

–¡Para salvar a mis abejas del aire irrespirable de Londres! –contestó él–. Con todo el carbón que se quema en esta condenada ciudad, el aire está contaminado por humos y polvo. Por suerte está lloviendo mucho y la lluvia limpia el aire, pero debo proteger a las abejas construyendo una depuradora para las colmenas que he proyectado antes de que este clima favorable dé paso a días sin precipitaciones.

–Clima favorable... ¡Lo que hay que oír! –resopló Irene lanzando un vistazo al cielo londinense, no menos gris que las chapas de Holmes.

–¿Y qué es ese sobre? –le pregunté a Billy arrebujándome en mi jersey de lana.

–Una carta que envía... la señora Clara Boehmer –dijo Billy leyendo el remite.

Irene se levantó de un salto.

–¡Oh, gracias al cielo! Será la querida Clara dándonos indicaciones para nuestra estancia en su casa de Torquay. ¡Necesitamos de verdad pasar unos días en la playa! –dijo mi madre adoptiva mientras abría el sobre. Pero, cuando leyó el contenido de la carta, su expresión esperanzada se transformó en una mueca de contrariedad.

–¿Qué dice? –pregunté en ascuas.

–Mi amiga lo siente terriblemente, pero no puede regresar a Torquay. Su médico le había aconsejado pasar algún tiempo en la soleada Malta, pero durante una excursión se cayó y se rompió una pierna, a la altura de la pelvis. En esas condiciones, se ve imposibilitada para volver hasta dentro de al menos un mes. Así pues, ¡adiós a nuestras pequeñas vacaciones en Devon!

–¿Veis lo que, cof, sucede por, cof, escuchar a los médicos?

Holmes rio con ganas aquella ocurrencia y, si no hubiese estado demasiado desilusionada, yo también lo habría hecho.

–¡Bah, mejor así! –comentó por su parte Sherlock encogiéndose de hombros—. Se está tan bien aquí...

–Vamos a dar un paseo, Mila –exclamó Irene de manera adusta, sin hacer caso de las palabras de Holmes.

–Pero si es casi la hora de comer... –observó perplejo Sherlock.

–¡Mila y yo comeremos fuera! –sentenció Irene.

–Voy a avisar a la cocinera –dijo Billy con presteza.

CAPÍTULO 2

la
dulzura
DEL SOL

Tras pertrecharnos con paraguas e impermeables, Irene me arrastró hasta Piccadilly, la resplandeciente calle de tiendas en el centro de Londres. Bajamos del taxi junto a la nueva plaza, Piccadilly Circus, e Irene me cogió del brazo.

–Para levantarnos la moral, podríamos dar una vuelta por Fortnum & Mason –dijo, y a mí se me iluminó la cara. Se encuentra en el corazón del barrio de Mayfair, muy cerca por tanto de Piccadilly. Adoro los grandes almacenes, me parecen lugares mágicos y llenos de luz en los que el tiempo se detiene y los pensamientos sombríos se desvanecen, al menos por un rato, empañados por los bonitos vestidos, las joyas y los mil accesorios expuestos.

–¿Y la comida? –le pregunté al recordar que ya era casi mediodía.

Irene miró a su alrededor con una sonrisa llena de anticipación.

–Podríamos ir al restaurante del hotel Ritz y pedir una mesa al lado de las ventanas que dan al jardín. Seguro que, gracias a la lluvia, estará extraordinariamente verde.

—¡Qué maravilla! —exclamé—. He oído decir que el príncipe de Gales encarga sus dulces regularmente a los pasteleros del Ritz. Serán exquisitos.

—Puede que hayamos decidido no ser princesas, pero nos merecemos una comida de reyes de vez en cuando —observó Irene guiñándome un ojo—. Además, he leído no sé dónde que los cocineros son franceses, de la Costa Azul. Así, al menos durante el tiempo de la comida, nos parecerá estar en un lugar un poco más soleado...

—¿A qué esperamos? ¡Vamos! —le dije apretándome a su brazo.

Irene miró a los lados disponiéndose a cruzar entre el gran tránsito del centro. Pero en aquel momento un vehículo lanzado a toda velocidad hizo sonar la bocina insistentemente mientras se precipitaba hacia nosotras.

—¡Cuidado! —grité tirando de Irene hacia mí.

El vehículo pasó a medio metro de nuestros pies, donde, a causa de los trabajos de construcción de la nueva plaza, desafortunadamente se había formado un charco gigantesco. Al paso de las ruedas, una ola de proporciones oceánicas se alzó del suelo hasta más arriba de nuestras cabezas y en un instante se abatió sobre nosotras y nos cubrió de agua, barro y frío. El impermeable no pudo hacer mucho para salvaguardar mi vestido ni mi persona; sentía hilos de agua fría colándose entre los omóplatos, por el cuello, por los brazos, e incluso por las mangas. Me aparté el pelo, que se me había pegado a la frente y los ojos, y miré a Irene. Ella, empapada y despeinada, respiraba hondo y parecía un hervidor a punto de silbar. O de explotar.

—Diría que, en este estado, no van a dejarnos entrar en el Ritz... —comenté en tono jocosos para hacerla sonreír. Pero la mirada de Irene siguió siendo de enojo.

—¡Basta! ¡Esta es la gota que colma el vaso! —estalló sacudiendo el paraguas—. ¡No quiero permanecer en esta ciudad ni un día más! ¡Ven conmigo!

Atónita por semejante ímpetu, me dejé arrastrar sin rechistar hasta la agencia de viajes Leighton & Baird, donde un empleado nos recibió con una sonrisa cordial, aunque un tanto desconcertado debido a nuestra singular *mise* de «víctimas de los charcos».

–Necesitamos contratar un período de veraneo –declaró Irene.

–Ya veo, señora –respondió el empleado con una mezcla muy británica de sarcasmo y cortesía. Luego nos invitó a sentarnos tratando de ignorar en lo posible los pequeños charcos de agua que se estaban creando a nuestros pies.

En nuestra vuelta a casa estábamos indudablemente más alegres, todo gracias a los cuatro billetes de tren a Torquay recién comprados y a la reserva de una estancia en el Grand Hotel, auténtico orgullo de aquella localidad marítima. Nos detuvimos después de haber caminado largo tiempo, hambrientas y extenuadas, en el único sitio adecuado para nuestro desastroso aspecto: un figón, en el que solo servían *fish and chips*, tan mugriento que nuestra ropa embarrada no habría podido empeorar sus condiciones.

Nuestra entrada atrajo algunas miradas de perplejidad entre los parroquianos, casi todos obreros de manos callosas y ropas de trabajo casi tan maltrechas como las nuestras. No les hicimos caso y pedimos dos raciones del plato de la casa, para descubrir con placer que el rebozado estaba dorado y crujiente, el pescado pasablemente fresco y las patatas cortadas en láminas gruesas, tal como nos gustaban a nosotras.

Irene había recobrado algo de color y sus ojos brillaban con nueva energía mientras comía con ganas.

–Incluso la tan vituperada comida inglesa puede dar satisfacciones... –constaté con una sonrisa.